



"La lucha por la seguridad ciudadana será una exigencia popular en Cataluña a partir de ahora". En la foto, un ejemplo de lo que "no debiera ser", en el barrio de la Ribera, de Barcelona.

LA MAYOR PRODUCTORA Y TRANSPORTISTA DE MATERIALES PELIGROSOS

Un polvorín llamado Cataluña

MANUEL CAMPO VIDAL

A la Cataluña del caos urbanístico que arranca en mancha de aceite desde Barcelona y a la Cataluña de las comarcas pobres generadoras de emigración habrá que añadir, como preocupante realidad para un futuro inmediato que exige una racional planificación del territorio, la existencia de una Cataluña-polvorín prácticamente desconocida hasta que la tragedia del camping Els Alfacs, de Sant Carles de la Rápita, se ha encargado de descubrirla.

RESULTA que Tarragona y buena parte de las comarcas de Barcelona viven sobre un polvorín y no lo sabían. Resulta que por las carreteras catalanas circula más del 50 por ciento del propano y más del 40 por 100 del butano que se transporta en España y nadie había reparado en las auténticas bombas que cruzan pueblos y ciudades. Gas en Barcelona, Tarragona, Lérida, Manlleu, Figueras, Tortosa y Vic; metanol en San Celoni y Sardanyola (hasta 60.000 toneladas anuales); tetracloruro de carbono en Flix y Barcelona; factorías de butano y propano en Hospitalet, Vilafranca, Caldes, Montornés del Vallés y Tarragona; el propano que estalló en Sant Carles, fabricado por IQASA y Enpetrol, en Tarragona; explosivos de la Unión Española en Tarragona... Una auténtica línea-bomba que empalma con la costa levantina y con Francia, que se ha ido instalando progresivamente sin que en ningún momento las autoridades evitasen su ubicación próxima a zonas urbanas —el escan-

daloso caso de Tarragona puede ser el más gráfico— y sin que se tomase conciencia colectiva de la situación, una vez con los datos globales en la mano.

Precisamente para evitarlo de esos datos no se ha dispuesto nunca, y la catástrofe de Els Alfacs se ha intentado que pasase como un accidente más que con el tiempo la propaganda interesada hubiese llegado casi a atribuir a la mala suerte, a la fatalidad que siempre se utiliza para explicar accidentes y catástrofes con orígenes sociales nítidos que van desde la imprevisión a la negligencia oficial y desde la utilización de materiales no adecuados a la trágica búsqueda del mínimo coste productivo, aunque sea al precio de la seguridad ciudadana.

Pero resulta que esos datos figuraban ya en un inédito documento, escalofriante, del que existían tres copias: una ha ido a parar ahora a manos del presidente Tarradellas, otra obra en poder del gobernador de Tarragona, Robert Graupera, y

la tercera la consiguió el periodista Joaquim Roglán, que ha publicado tres informes en "TeleXprés", en los que ha quedado de manifiesto que Cataluña no es tan sólo la mayor transportista, sino también la mayor productora de productos peligrosos: una grave realidad que añadir a la **Cataluña-caos urbanístico** que partiendo de Barcelona como epicentro se extiende formando un "continuum" urbano tan alejado de la racional construcción de núcleos urbanos bien diferenciados y con autonomía propia en materia de servicios y puestos de trabajo y, también, de la **Cataluña pobre**, construida por una serie de comarcas que han registrado unos porcentajes de emigración "meridionales".

La lucha por la seguridad ciudadana

La política de ordenación del territorio, y por tanto también

de la actividad industrial, deberá incorporar en lugar preferente el tratamiento de esta tercera realidad que la tragedia de Els Alfacs ha descubierto para el gran público y para la mayor parte de fuerzas políticas. Y deberá incorporarla porque la lucha por la seguridad ciudadana será una exigencia popular en Cataluña a partir de ahora. Tarragona, Sant Carles y otras poblaciones han vivido ya en las últimas semanas manifestaciones de protesta contra el polvorín que sienten próximo, y la entrada del curso será ocasión para relanzar públicamente una preocupación que estará presente en los debates públicos enmarcados por la campaña para las elecciones municipales.

Cataluña tiene ya experiencia de luchas contra este tipo de situaciones que una catástrofe se encarga de poner en primer plano. La característica meteorológica mediterránea, de fuertes precipitaciones después de largas sequías estivales, ha hecho de las poblaciones catalanas costeras, e incluso del interior, ciudades castigadas históricamente por riadas que han llegado a costar en ocasiones hasta 1.000 muertos (septiembre de 1962) en una sola noche. Cuando a las características meteorológicas se ha unido la falta total de planificación urbana, cortándose viejas riberas para edificar, y la inversión en infraestructuras ha quedado absolutamente desfasada en el marco de la lógica capitalista de reproducir la mano de obra al mínimo coste, cada vez que ha llovido más de la cuenta, determinados barrios situados en cota baja se han inundado. Y esa periodicidad ha hecho estallar por los aires la presión ideológica del sistema que se basaba esencialmente en atribuir toda catástrofe a la contrariedad, al destino, a la absoluta imposibilidad de prever algo semejante.

La catástrofe del camping Els Alfacs, como en su momento las inundaciones producidas por desbordamientos del Llobregat, del Ter y el Onyar en Gerona, y de docenas de rieras casi anónimas que sólo llevan agua de forma considerable una vez cada tres años, pero entonces se desbordan, está sirviendo, junto a los datos del informe citado, para la toma de conciencia de esa realidad desconocida que es Cataluña como polvorín, una Cataluña que la tragedia se ha encargado de advertir. ■